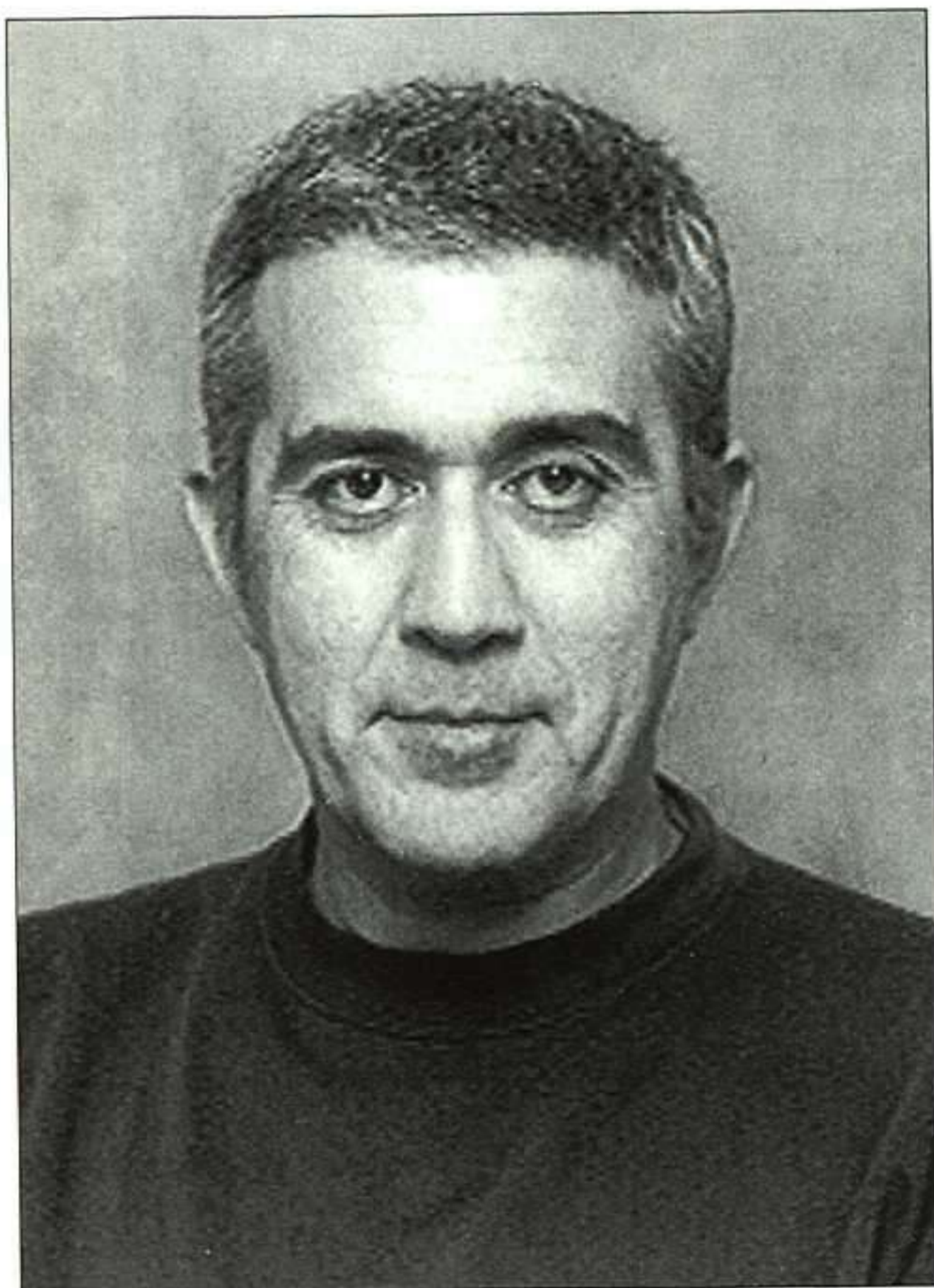


Xosé Carlos Mosteiro



LO QUE SÉ DE MÍ... es más bien poco. De haber nacido a principios del siglo pasado sería, sin dudar, romántico, y estaría ya muerto (suicidio o duelo al amanecer, que más da, elijan ustedes las armas y búsqense un padrino), pues no estaría bien visto que un romántico llegase a los 45, como es mi caso. Era noviembre y jueves —y desde luego no había grandes señales como en el romance—. Fue en San Andrés de Xeve (Pontevedra). Allí viví mis primeros 37 años.

Recuerdo mi infancia, feliz, de niño pobre. Mucho tuvo que ver en esa felicidad sin dinero mi madre, maravillosa, que no tenía negros en su paleta de pin-

yo no viniera al mundo en día de difuntos. Sus esfuerzos se vieron al final coronados por el éxito: nació el día 3 (luego supe por un afamado fisioterapeuta pontevedrés, «*O Bruxo*», que tales hierbas tenían poderes curativos en lesiones musculares).

¿La vida de niño? ¡Buf!, son tantos los recuerdos que necesito seleccionarlos, que, si no, no me caben: me acuerdo de Aurea, la dueña de la casa donde mis padres vivían alquilados, siempre con aquella sonrisa eterna de mujer buena; de Mamá Antonia, que siempre me llamaba a su cama para darme su tazón de leche con pan; me acuerdo de Vicente, de Lita, de Rosario, de María del Mar, de Aurea (la pequeña).

Por supuesto, me acuerdo de la casa «*do Caeiro*», ¡cómo no me iba a acordar!, de José Manuel, mi primo, aunque bien pudiera haber dicho mi hermano, porque crecí con él y con él compartí el infantil deseo de ser torero —¡cuántas estocadas hasta la bola en aquel montículo de arena!—, claro que lo de los toros se me fue de la cabeza en cuanto caí en la cuenta de que empitonaban.

También me acuerdo de don Aquilino, mi maestro, que me dio 200 pesetas en el 69 (para mí, una fortuna), dos días antes de marcharme para Salamanca a estudiar en los Escolapios. Y de don Gumersindo, el cura, cuya imagen aún se me presenta hoy como la vi aquel día, agigantada de generosidad, pasando para siempre a formar parte de mi mitología infantil, mi primer ídolo no futbolista: él sorteaba una foto, la única que quedaba, del grupo de catequesis dominical al que yo pertenecía, ante un grupo de niños que decían su número gritando

ya lo había decidido, cualquier número que yo dijera habría sido el ganador, porque me vio callado y medroso, indefenso, casi apartado del grupo.

Recuerdo las radionovelas de la SER, las responsables de mi primera vocación literaria; tenía que estar calladito en casa a las cinco de la tarde porque empezaba «la novela», aquellos seriales de José Mallorquí o Guillermo Sautier Casaseca. Por entonces empecé a escribir, y ya no lo dejé, porque escribir es una forma de drogadicción que no te destruye, te construye. Aun así, pocos papeles sobrevivieron a las «quemadas periódicas», y al afán de mi madre por «ordenarme» la habitación.

Me acuerdo del Pontevedra, de Pasaron lleno hasta la bandera. El Pontevedra en primera: eran otros tiempos.

Y, de repente, los años empiezan a pasar a velocidad de vértigo. Magisterio. La Escuela. Muchos lugares diferentes en pocos años: Tuy, Vilagarcía de Arousa, Cambados, Moraña...

... Y luego Lourdes, y después Lourdes otra vez, y ahora Lourdes aún. Y desde hace ocho años un nuevo lugar en el mundo, A Pobra do Caramiñal. Y dos elementos que me llenan la casa de ruidos y que no me dejan escribir, Xoán Silverio y Antía. Y nada más.

Bibliografía

O día que Miguel Induráin pasou por Gonderande, Vigo: Galaxia, 1999.

Manual de instruccións para querer a Irene, Vigo: Galaxia/Editores Asociados. Existen edi-